que se cometían con las riquezas—miserias debiera decirse—de la entonces infortunada nación.

Quien conozca el alma humana, no dudará de que una de las faenas más rudas y ocasionadas á encender nuevamente la discordia, fue ésta de obligar á los funcionarios de hacienda del antiguo régimen, á rendir cuentas claras y limpias de su manejo. Considérese que los mexicanos somos por idiosincracia enemigos de hacer cuentas que no sean alegres; y añádase que por efecto de una de tantas viciosas tradiciones de la época colonial, generadoras del morbo de la empleomanía, que es quizás la peor de las taras heredadas de los conquistadores, pocos empleados fiscales había que no creyesen con deliciosa ingenuidad, que se les había confiado el manejo de los caudales públicos, no para que los recaudasen escrupulosamente y los aplicasen á su fin propio, con no menor pureza, sino para que se aprovechasen de ellos y los disfrutasen á su antojo. También había muchos gobernantes que consideraban medio natural y lícito de conservar su influencia y de adquirir prosélitos, el de dar y aún el de vender los empleos de hacienda, cerrando ojos y oídos respecto de la conducta del agraciado.

Así pues, el establecimiento de un buen sistema de contabilidad fiscal y la moralización de los empleados públicos, deben considerarse como medios principalísimos entre los que sirvieron eficazmente para lograr la regeneración económica de México, y traernos, desde aquellos históricos tiempos en que no se hacían cuentas ó se usaba para hacerlas el método del buen cubero, á esta era de integridad y orden, en que se llevan los libros irreprochablemente, en cuanto al método, y por telégrafo, en cuanto á la rapidez de concentración, de manera que el Jefe del Estado pueda saber en cualquier momento, al detalle, al céntimo, cuál es la situación exacta de las finanzas públicas. Consecuencia natural y forzosa de este sistema administrativo, ha sido la desaparición paulatina del tipo colonial de empleado inepto, concusionario é infiel, que ahora es una excepción cada día más rara entre nosotros.

La segunda parte del programa, esto es, el fomento de

las fuentes conocidas de la riqueza nacional y la apertura de otras nuevas, se desarrolló no menos lógicamente.

Para que pasara de la categoría de leyenda á la de feliz realidad la riqueza del país, eran indispensables tres cosas: orden, capital y comunicaciones. Las dos primeras formaban los términos del tremendo y fatal círculo vicioso que nadie había acertado á romper; la tercera constituía la formidable incógnita que el General Díaz despejó cuando guiado por su sentido práctico y por su conocimiento del país é inspirado por su fe en el pueblo mexicano, se decidió á firmar el contrato de subvención de nuestro primer ferrocarril internacional, sin contar en esos momentos con ningún recurso para pagar el subsidio ofrecido; pero tenía, en cambio, la seguridad de que los ferrocarriles imposibilitarían la guerra civil y fomentarían el trabajo.

Y no se equivocó el vidente estadista, puesto que gracias á su genial atrevimiento, además de haberse cumplido ese que entonces pareció abrumador é insoluble compromiso, se han podido contraer y cubrir más tarde, con esfuerzo, pero sin sacrificio, otros análogos que montan á centenares de millones de pesos, transformados hoy en ferrocarriles, telégrafos y toda clase de mejoras públicas de inmensa trascendencia, que han servido para desarrollar natural y rápidamente, las fuerzas vivas del país y para garantizar el orden, lo que equivale á decir que el funesto círculo vicioso que nos ahogaba, está roto para siempre.

En efecto, es evidente que la facilidad de comunicación y, en general, las grandes mejoras nacionales, al acercar y poner en contacto á los mexicanos, han realizado el ideal de formar una federación, ya no teórica y por la fuerza de la ley, sino positiva y fundada en la comunidad de intereses y de voluntades, y por lo mismo, fuerte, próspera y respetable.

Así es como al pie del pueril pensamiento de Lerdo: **"Entre la debilidad y la fuerza, el desierto,"** el General Díaz ha escrito con el elocuente lenguaje de los hechos, este hermoso comentario: Para no temblar ante la fuerza ajena, es preciso ser fuertes. La unión y la riqueza dan la fuerza;

el aislamiento debilita y empobrece: borremos, pues, los desiertos de nuestros mapas.

Y tanto y tan bien ha trabajado este gran mexicano en acercar á los hombres de buena voluntad, que además de unir en fraternal abrazo á los habitantes de nuestras remotas fronteras, al abrir las puertas de la aduana de Salina Cruz y de Puerto México al comercio del mundo, ayudó con ello á los pueblos de ambos hemisferios á encontrarse más pronto en su camino. Al General Díaz estaba reservado quitar el obstáculo que desvaneció el delirio de Colón, cuando buscaba el paso hacia las legendarias Indias; pero habían de correr cuatro siglos antes de que abriera ese paso un caudillo del pueblo conquistado y expoliado á causa del tropiezo que el Almirante genovés halló en su camino.

Sin embargo, el General Díaz debía tropezar en el suyo, antes de considerar suficientemente estable y completa su obra, con formidables dificultades, tales como las que halló en materia financiera y venció por segunda vez al encargarse nuevamente del Poder Ejecutivo, terminada la administración del General González.

Puede decirse que la situación era en tal momento, si no desesperante, más difícil y angustiosa que nunca, porque había mayores compromisos y porque en la tremenda partida se había empeñado ya la última probabilidad de triunfo que nos quedaba: el prestigio del General Díaz. Pero este hombre extraordinario se agiganta en presencia del peligro. Gracias á ello, durante la terrible década del 84 al 94, guiado por su genio y sostenido por su poderoso carácter, puso á prueba de tal modo sus capacidades y desplegó tales energías y habilidades, que además de reparar las pérdidas, logró rectificar de nuevo la marcha de los negocios públicos, y consolidar satisfactoriamente las bases de la prosperidad nacional, hasta obtener la inmensa victoria de que al finalizar esa década en que se decidió el porvenir de México, todo peligro había desaparecido, y sólo restaba perfeccionar y engrandecer la obra.

Hemos expuesto en quintaesenciada síntesis, los principios fundamentales de la regeneración económica del país,

en la cual descansan el engrandecimiento actual de la patria mexicana y el futuro, lleno de halagadoras promesas. Resumiendo esta parte, la más admirable de la obra del General Díaz, resulta que se han llegado á conseguir los siguientes asombrosos resultados, que son la mejor garantía de la estabilidad de la paz:

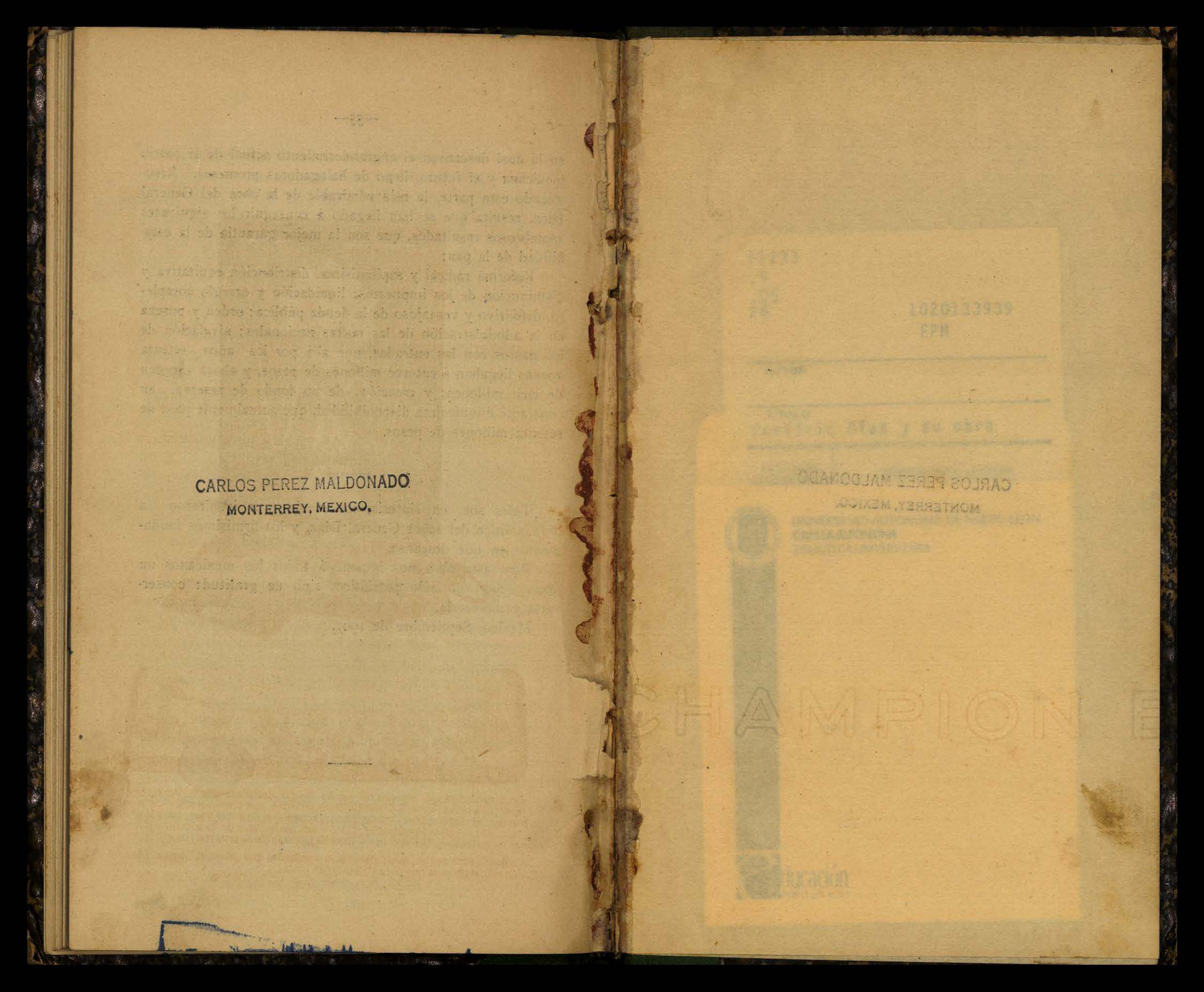
Reforma radical y sapientísima, distribución equitativa y disminución de los impuestos; liquidación y arreglo completo, definitivo y ventajoso de la deuda pública; orden y pureza en la administración de las rentas nacionales; nivelación de los gastos con las entradas, que allá por los años setenta apenas llegaban á catorce millones de pesos, y ahora exceden de cien millones; y creación de un fondo de reserva, en constante é inmediata disponibilidad, que actualmente pasa de setenta millones de pesos.

Tales son, en síntesis, los ideales que inspiraron la obra política del señor General Díaz, y los firmísimos fundamentos en que descansa.

Pero esta obra nos impone á todos los mexicanos un gran deber, no sólo patriótico, sino de gratitud: conservarla y merecerla.

México, Septiembre de 1907.

CARLOS PEREZ MALDONADO
MONTERREY, MEXICO.



CARLOS PEREZ MALDONADO
MONTERREY, MEXICO.

F1233
.5
.D5
P6

1020133939
FPM

AUTOR

TITULO
Porfirio Días y su obra

FECHA DE VENCIMIENTO | NOMBRE DEL LECTOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

educación
PARA LA VIDA